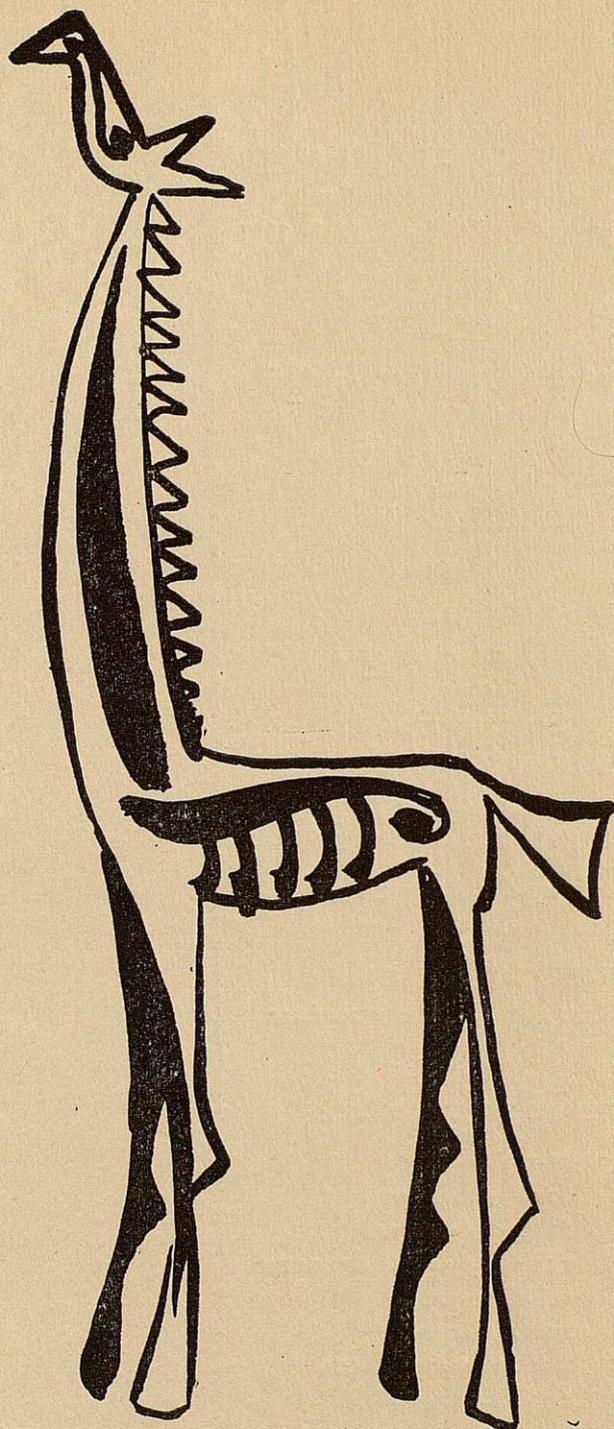


N.º 69

MAYO - JUNIO - 1959



Sanguino

ayer y hoy

ayer hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 69

Mayo-Junio 1959

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

SUBDIRECTOR

FERNANDO ESPEJO GARCÍA

REDACTOR-JEFE

JOSÉ PEDRAZA RODRÍGUEZ

SECRETARIO DE REDACCIÓN

JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

EDUARDA MORO
FERNANDO DORADO
FERNANDO ESPEJO
FERNANDO J. DE GREGORIO
GONZALO PAYO
JULIO PORRES
BENITO SANTA-OLALLA
JESÚS SANTOS

DIBUJAN:

J. GARRIDO
FERNANDO GILES
C. GUERRERO MALAGÓN
MAURICIO SANGUINO

POESÍAS ORIGINALES DE

SANDALIO DE CASTRO
JOSÉ MARÍA GÁLVEZ
JULIÁN LANCHAS
MANUEL PACHECO

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO



Intercambio.— Nuestra revista, con conocimiento de nuestra Junta Directiva, ha establecido un servicio de préstamo e intercambio de grabados y clichés de imprenta con el semanario «TOLEDO». Con ello, se pretenden tres cosas:

PRIMERA.—Un ahorro en el costo de producciones de fotografías y dibujos.

SEGUNDA.—Una mayor variedad.

TERCERA.—En cuanto a nuestra Asociación, una mayor difusión en la publicación y conocimiento de los dibujos de nuestros asociados, con el consiguiente aumento de posibilidades.

En cuanto al presente número, por ejemplo, se insertan los siguientes clichés propiedad del semanario «TOLEDO».

La portada, dibujo de nuestro asociado Mauricio Sanguino.

La reproducción fotográfica del galardonado cartel santiaguense de nuestro asociado Antonio Moragón.

Y los dibujos-reproducción que ilustran el artículo titulado «El inquilino de Hato Rey».

Depósito de grabados.—Informamos a nuestros asociados que se encuentran en depósito en la sede de nuestra Asociación y totalmente a disposición incondicional de nuestra revista, los clichés de imprenta que pertenecieron a la revista «CIGARRAL». Más del 90 por 100 de dichos clichés corresponden a reproducciones de dibujos de nuestros asociados: Bacheti, Pedraza, Martín Pintado, Peñalosa, Gerrero Malagón, etc.

Felicitaciones.—Queremos hacer presente la nuestra a todos los participantes en nuestra XII EXPOSICIÓN DE PRIMAVERA 1959; y en particular a los artistas galardonados, Francisco García, Manuel Romero, Francisco Villamor, Mauricio Sanguino, Eusebio Sánchez y Alfonso Bacheti.

También transmitimos nuestras plácemes a nuestros asociados Clemente Palencia, Fernando Jiménez de Gregorio, Sandalio de Castro, Juan Antonio Villacañas, José María Gálvez, Julián Lanchas, Guzmán Losilla, Gonzalo Payo y Fernando Giles que tan brillante intervención han tenido en la I Semana de Cultura Popular, recientemente celebrada en la Barriada de Santa Bárbara.

José María Gálvez Prieto, ha conseguido el 2.º premio Nacional de guiones radiofónicos con motivo del concurso convocado con motivo de la celebración de la Semana de la Juventud.

Por último, también felicitamos a Antonio Moragón, galardonado con el primer premio de carteles en el concurso celebrado en Santiago de Compostela para anunciar las fiestas del Apóstol, y cuya reproducción fotográfica transmitimos en esta página a nuestros lectores.



TOLEDO HISTORICO

CONSTANTES GEOGRAFICO-HISTORICAS (1)

Por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Académico de Número de la Real de Bellas
Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

I

Resulta imposible hacer una charla de unos minutos, como esta que ahora comienzo, aunque sea un resumen de la historia de Toledo: Su análisis nos llevaría muchas horas, pero necesitamos conocer su pasado, saber qué significa esta ciudad en donde vivimos, en la que trabajamos y en la que pasan nuestros días alegres o tristes.

Cuando recorremos a diario sus calles angostas y remansamos nuestro paseo en sus reducidas plazas, nos tropezamos con sus impares monumentos, por fuerza nos preguntamos siempre: ¿Y esto qué es, qué significa, por qué es así? A esto quisiera, dentro de mi modestia, responder esta noche.

En la geografía y en la historia, hay unas constantes, algo que se debe a unas causas y que mientras se dan producirán efectos iguales o similares. A esas constantes está sujeto todo hecho geográfico e histórico, y Toledo es un portentoso hecho histórico, una aleccionadora realidad geográfica. Estas constantes son las que brevemente vamos a considerar, y con ello responder a las preguntas que nos hacíamos antes.



II

CONSTANTES GEOGRAFICAS

Por estar asentado Toledo en un ingente peñón, aprovechado su valle por el río Tajo que le circunda en casi su totalidad, y teniendo por ello una fácil defensa, es natural que los hombres de todos los tiempos, especialmente los de la antigüedad más insegura, escogieran este solar, peñasco, de variada topografía, en donde dentro de él hay cerros, valles y reducidas mesetas para su asentamiento. El peñón toledano se ve tajado por arroyuelos que modelan el relieve, acentuando su variedad. Sobre este suelo difícil, vario, de agria topografía, se van construyendo primero las cuevas, luego las chozas, por último las viviendas como hoy, poco más o menos las conocemos. Por necesidad el hombre primitivo se adaptó como pudo a este suelo ingrato. Los primeros núcleos de vivienda estarían en lo que hoy es San Román y el Alcázar, que son las cúspides que encuadran un valle interior, el más importante de Toledo después, al borde de los arroyuelos, siguiendo su accidentado curso, prosiguieron las viviendas. Por ello,

(1) Del discurso pronunciado en la I Semana de Cultura Popular. Toledo, 1959.

los arroyos fueron las primitivas calles y así los ejes de aquel poblado fueron, por ejemplo, uno de esos arroyos, el que bajaba por lo que hoy es calle del Nuncio Viejo, Arco de Palacio, calle de las Fuentes y de Barrés, al que se unía el que sigue hoy la calle de las Tornerías.

Sobre esta base muy accidentada y de limitado espacio se levantó su historia. La gran variedad de niveles impone esa sensación de tobogán, por nombrarlo con una expresión gráfica, y su limitado espacio la necesidad de aprovechar éste, de conceder poco a la calle que en los primitivos tiempos no tiene la función que hoy y, por último, la elevación de sus construcciones.

Aquí, pues, tenemos las constantes geográficas: *Diversidad de niveles y limitación especial*. Por ello Toledo es así y no puede ser de otra manera. El hombre toledano ha tratado, en su lucha contra el medio, de vencerle y lo ha conseguido plenamente, porque no otra cosa demuestra la permanencia de la actual ciudad en un espacio ya, desde el punto de vista geográfico e histórico, superado. Cuando todas las antiguas ciudades: Atenas, Roma, París, Viena, Barcelona, León, tienen su parte vieja y nueva, Toledo es *totalmente ciudad vieja y habitada*; esta es otra de sus constantes.

Toledo surge en una zona de máxima diferenciación geográfica, en donde intervienen factores decisivos: el Peñón, el río, la Vega y a estos tres se une su *posición central* en la Carpetania, primero, después en Castilla y por último en España.

Todas estas constantes y factores geográficos contribuyen a explicar su permanencia en la historia.



III

CONSTANTE DE INDEPENDENCIA

Cuando una comunidad, en este caso Toledo, busca en la difícil geografía peninsular un solar como el nuestro, es que sus habitantes aspiran a mantenerse libres y, en el peor de los casos, mantener su independencia. Hay en la historia de Toledo una constante *independista*, y si no es posible, de *rebeldía* contra la dominación exterior.

Esto se observa en la oposición a los cartagineses y romanos, en los gestos de inútil rebeldía contra éstos, ya ocupada la ciudad. Pero los movimientos independista y rebeldes se acentúan contra la dominación musulmana. Recordemos el terrible castigo dado por el Emir Aljakan en el siglo IX en la conocida Jornada del Foso, en donde cayó lo mejor de los mozárabes.

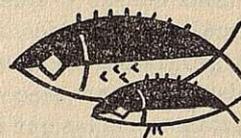
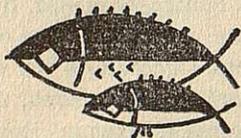
No es extraña esta rebeldía toledana contra el Islam,

puesto que Toledo había sido la capital del reino visigodo, y a pesar de la huida de su población a los campos y montes cercanos la política necesariamente contemporizadora con Kariz Muza y sobre todo de Addelez, atrajo a la población otra vez a sus hogares, incluída la aristocracia visigoda que no huyó a las montañas cantábricas. Por ello la casi totalidad de la población era visigoda y católica, estando dirigida por sus condes visigodos y por sus arzobispos y clérigos de esta nacionalidad o hispano-romano. Se sentían fuertes por su pasado y al presente por su número. Los mismos gobernadores impuestos por los emires eran escogidos entre los renegados, prontos a la indisciplina y a tomar la dirección de la revuelta. Los toledanos tenían ya por costumbre rebelarse contra los emires cordobeses cada vez que uno de estos moría; así se mantuvieron en una de aquellas rebeliones independientes durante ochenta años. La poderosa mozarabía toledana organizó en tiempos de Muhjamazmad I una especie de república municipal, a cuyo frente estaba el Caudillo mozárabe Sindola. Para desafiar al Emir, a la muerte del arzobispo Vistrimiro, eligieron para ocupar la Sede Primada al sacerdote cordobés Eulogio, que había sostenido la libertad de los mozárabes contra el Emir, pero éste no permitió que el arzobispo

elegido por la unanimidad del clero toledano saliera de Córdoba, y entonces nuestros paisanos no eligieron a otro en tanto que Eulogio vivió.

Un ejército de mozárabes toledanos atacó a la fortaleza de Calatrava en el 839, y después pidieron auxilio al Rey de León, Ordoño I. Al fin fueron vencidos en la batalla de Guadalacete en el 854, pero la ciudad no se rindió. De la probida Sagra obtenían el abundante trigo que guardaban en sus renombrados silos, y así la ciudad se mantenía año tras años, contra los impotentes ejércitos de los emires. Unas veces apoyados en los leones, otra en los Vanus de Zaragoza, los toledanos disfrutaron de independencia hasta que los somete el califa Abderraman III, que logra penetrar en nuestra ciudad defendida por los mozárabes mandados por un renegado.

Este sentido de independencia se manifiesta de nuevo, una y otra vez, en las luchas nobiliarias de la edad media, y culmina al ponerse Toledo a la cabeza del movimiento comunero contra la abusiva política extranjerizante del mal aconsejado, y joven entonces, Carlos I. Un último brote acusamos al ser Toledo la primera ciudad española que se levanta, unos días antes del dos de Mayo, contra las tropas de invasión napoleónicas.



CRÍTICA

Por FERNANDO DORADO

Gran inconveniente para hacer crítica es la improvisación, siendo de ésta varios los elementos que la pueden constituir.

De ellos, entresacamos: la excesiva juventud de quien hace la crítica, interpretándose por poca edad la inmadurez mental; otro, la obligación apresurada de juzgar, cuando no ligereza en el decir, sacrificando la discreción por satisfacer la habitualidad y, también, pretender reducir a nuestro pequeño campo el marchamo de lo bueno.

Entre los defectos que

se pueden observar en el joven crítico, está la adopción de los medios de expresión que utilizan los maestros, más seductores y pegadizos a su entendimiento que los verdaderos conceptos fundamentales. No es difícil leer en los audaces trabajitos literarios del muchacho o del maduro sin madurar, adjetivos o frases enteras que resultan ilógicas y hasta confusas por no haber sido empleados subordinándolos a las ideas.

Los que con prisa, sin estar enterados, y por

razón de oficio o por imperativo natural de hacerse ostensible, necesitan opinar, debieran cuidar más de aprender que de pontificar a fin de no incurrir en el error de calificar sólo influidos por simple impresión o inspirados por lo popular o familiar.

Críticos en ciernes hay que pretenciosamente creen haber lanzado la definitiva doctrina. Y verdad es que no se ven desatendidos, pues son bien acogidos por ese sector que sin más discriminaciones siempre toman por

credo la letra impresa.

Al buen crítico le está reservada la gran misión de encauzar; condenable en él sería la intención de deshacer. Difícil es enseñar y, tal vez, más aprender. Llegar a ser, cuesta. Cuesta llegar a ser crítico como a ser artista. El artista necesitó de un largo y duro aprendizaje, rehuendo la improvisación y el vacío; llegó a ser personal entendiendo primero a los demás, y rindió culto a lo bello con auténtica expresión de sus reflejos anímicos.

LA HIJA DE LA LUNA

POR BENITO SANTA-OLALLA MORENO-CID

Trabajo premiado en el Certamen Literario Nacional que en honor del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, se celebró en la Imperial Ciudad de Toledo, el día siete de Marzo del año mil novecientos veintiséis.

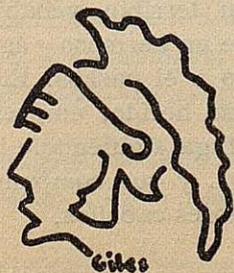
Su autor, Sacerdote, falleció y sus restos reposan en Roma.

PRÓLOGO

Si tienes un poco de paciencia, caro lector, voy a referirte una historia muy interesante y peregrina que hace algunos años oí contar no recuerdo si a los dulces murmullos del dorado Tajo una risueña tarde que tuve la dicha de dormirme en sus riberas, o a la parlera lengua de mi loca y extravagante imaginación. Mas sea de ello lo que fuere, pues esto poco importa, pasaré a cumplir mi promesa que es como sigue:

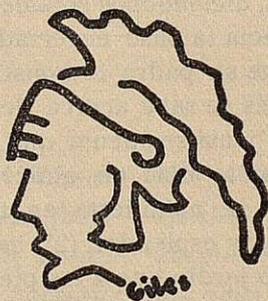
I

Deslizábase por la empinada pendiente del nunca volver el siglo XXX de la creación de cuanto existe y los vírgenes y deliciosos campos en que hoy se yergue majestuosa y gentil nuestra Imperial Ciudad de Toledo aún no habían sido pisados por planta alguna de hombre. Pero amanece un nuevo día y al delicado susurrar de sus arroyos y al débil gemir de sus céfiros sucede el estrépito ensordecedor de caballos que trotan y relinchan y de gritos humanos que se acercan: era una gran familia celta que después de haber visitado las bravas costas del Atlántico cruzaba, siguiendo la exuberante cuenca del Tajo, y conduciendo pingües y numerosos rebaños, nuestra encantadora península Ibérica.



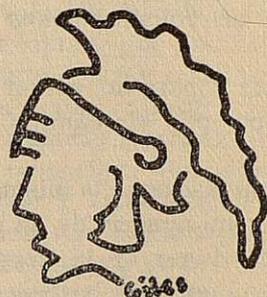
Delante, y como a unas veinte brazas de aquel ingente torbellino de hombres y animales, avanzaba un brioso jinete que, a juzgar por el traje que vestía y por su actitud observadora, denunciaba ser el jefe de aquella gran tribu, al tiempo que el guía y explorador del nuevo campo.

Llegado que hubo a la cima de un pequeño monte, detiene su arrogante corcel y poniéndose en pie sobre los estribos se dispone a observar el horizonte. El montecillo que pisaba era el mismo en que hoy se levanta la invicta Acrópolis de Carlos V, y los campos que miraba los mismos que ahora mustios



y secos en su mayor parte rodean a esta insigne ciudad de Toledo.

Bello y encantador sobre manera debió ser el espectáculo que se ofreció a la contemplación de nuestro héroe: encima, un cielo luciente y claro de tan rara y extraordinaria hermosura, que parecía el asiento cotidiano de los Dioses; a sus pies, una tierra que abrazando al aurífero Tajo, y vestida de mil verdes ornamentos, parece que hacía fiestas y se alegraba de poseer en sí, un don tan rico y agradable; por otro lado, ese mismo río que entretejiéndose dulcemente en los brazos de ella, formaba como de industria mil entradas y salidas que al ser



miradas por aquel bárbaro, le llenaban el alma de placer maravilloso; aquí incultos prados de flores que pueden competir en hermosura con los huertos de Hespérides y Alcinoó; allá, cubriendo los montes vecinos, espesos y sombríos bosques, pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos, y por último, y no cediendo en gracia a lo antes dicho, abundosos pastos, alegres valles, vestidos collados, arroyos y fuentes y todo esto formando un tan grande conjunto de delicias, que parecía ofrecer a nuestros bárbaros aquel ameno jardín, que tres mil años antes sus desobedientes padres perdieran.

De esta manera parece haberlo interpretado TOL, que este nombre tenía el arrogante jinete, y así, echando pie a tierra y postrándose en la misma, dió con esto señal a su pueblo de que el lugar escogido por los Dioses para que levantaran una ciudad, era el que en aquellos momentos pisaban. Llegado que hubieron los más forzados de la caravana arrastraron hasta el lugar en que yacía TOL una enorme piedra, y colocando sobre ella un tierno becerro que acababan de herir, le ofrecieron en sacrificio a la rojiza DIANA, que en aquel instante aparecía por el horizonte.

Mientras la bestia se quemaba, levántase TOL, toma de su caballo una cuerda como de unas mil

brazas de larga, y haciendo centro por uno de sus extremos en el ara del sacrificio, señala con el otro una circunferencia, dentro de la cual debía ser edificada la ciudad.

Unos, prefiriendo la naturaleza al arte, escogieron para su habitación algunas grutas y cavernas naturales que allí había; otros, un poco más artistas, cavaron su guarida en las mismas entrañas de las rocas, y los restantes buscáronse amparo edificando aquellas gigantes cas habitaciones que hoy designamos con el nombre de construcciones megalíticas.

...Veloz y para no volver corría el tiempo por el camino de la muerte.

...Cumplíase aquella misma tarde el primer aniversario de su llegada a tan bello lugar de la tierra, y se preparaban aquellos bárbaros entre mil fiestas y bailes, y entrada ya la noche, a ofrecer un gran sacrificio a su gentil Diosa DIANA. Pero ¡he aquí! que una infausta nueva viene a convertir su gozo en llanto y sus voces de alegría en gritos de amargura y dolor: *La poderosa DIANA concedía en aquellos momentos una hija a su príncipe, al tiempo que ella comenzaba a cubrir su pálido rostro con un denso velo como de sangre* (1).

Aterrado el mismo TOL a vista de este tan extraño e inesperado suceso, mandó llevar a su presencia a todos cuantos hombres encontraron en la ciudad, capaces de interpretar las señales de los Dioses. Tan solo uno, ya anciano, se atrevió a descifrar el enigma y, presentándose ante el Rey y ante su pueblo, habló de esta manera:

—*¡Oh poderoso príncipe que con placer de los Dioses nos riges y gobiernas! Ese velo de sangre que en este momento encubre la blanca faz de nuestra gran Diosa, esto dice: La hija que acaba de nacer no sea vista por hombre alguno nacido en otra tribu, porque el día que esto aconteciere, gran tribulación descenderá sobre ti y sobre tu pueblo.*

Apenas el anciano hubo pronunciado las últimas palabras, TOL, dirigiéndose a sus fieros súbditos, les dice:

—*¡Oh pueblo querido de los Dioses, escucha y obedéceme. Haz cerco de piedra a esta tu ciudad y tenga veinte codos de altura y su pie sea de cinco brazas, y en la parte aquella del cerco, que verá primero tu diosa cuando venida la noche empiece a recorrer el camino de los cielos, levanta también una torre, y tenga cuarenta codos de altura y diez brazas de asiento, y con hijo (1) que naciere de juntar agua con polvo impide el camino a la luz entre las piedras del cerco y torre, y haz otro cerco junto a torre dicha y por dentro del primero, y pon en él cuantas flores y árboles más hermosos hallares en toda la tierra, y haz todo esto, para que cuando mi hija sea doncella juegue allí con doncellas vuestras, y para que encerrada en torre dicha, ni extranjero la vea, ni dolor, ni mal caiga sobre mí, ni sobre vosotros.*

...Dos años después, todo estaba terminado conforme a las palabras de TOL...

Poco, o para mejor decir, casi nada, nos ha conservado la tradición acerca de los primeros años de LA HIJA DE LA LUNA, que este fué el nombre dado a la hija de TOL, diciéndonos solamente que su infancia la pasó encerrada en la torre que su padre le construyera. Algo más se sabe acerca de su juventud, y así se cuenta que durante los siete días en que la bella DIANA se manifiesta en toda su majestad y esplendor (2), bajaba al hermoso jardín que a los pies de su torre se extendía, para allí presentarse, en compañía de las otras doncellas, los juegos y fiestas que en honor de los Dioses se celebran.

Consistía uno de estos juegos en colocar a cierta altura una gran vasija de piedra, llena de aceite hirviendo, y de tal manera equilibrada que al menor movimiento que recibiera se volcara, abrasando con su contenido a cuanto debajo hubiera.

Colocado el terrible instrumento, obligábase a salir al medio a dos de los esclavos más diestros en el manejo del arco; echábanse suertes sobre ellos, y aquel al que le era adversa se colocaba amarrado de-

bajo del dicho recipiente. El otro, desde una distancia de veinte brazas, apuntaba con una flecha a un pequeño trozo de madera, puesto en comunicación con el vaso del siniestro bálsamo, y si en él se clavaba, vertíase el aceite, quedando la cara del contrario horriblemente abrasada. Si el tirador no lograba clavar la flecha, cambiábanse los puestos hasta que alguno de los dos acertara a dar en el blanco.

Pero su juego favorito era el armarse los más valientes del pueblo con espadas cortas y, sin escudo ni coraza, reñir en presencia de sus conciudadanos un sangriento combate con un gran número de esclavos armados de escudos, lanzas y espadas largas, siendo más vitoreado aquel que más heridas recibiera en la lucha.

De esta manera educábase LA HIJA DE LA LUNA, y con estos juegos se divertía su pueblo, cuando un inesperado suceso vino a turbar la alegría de la ciudad, como se verá por lo que sigue.

II

Al sudeste, y a unos sesenta kilómetros de la soberbia TOLETA, donde hoy se encuentra la vetusta villa de Consuegra, alzábase por aquel entonces la poderosa ciudad ibera, conocida con el nombre de Consebra.

Regíala un príncipe muy valiente que, por el color negro de su piel, era llamado EL HIJO DEL SOL, y cuyo dominio se extendía a todos cuantos pueblos había en lo que al presente conocemos con el nombre de «La Mancha».

Nacido entre la guerra, era muy aficionado a ella, y cuando ésta faltaba dedicábase, en compañía de los más valientes de sus guerreros, a la caza de bestias feroces.

Cierto día que estaba entregado a este ejercicio en las escabrosidades de los montes de Toledo, logra clavar su terrible venablo en el cuerpo de un hermoso y ágil ciervo que junto a él pasaba. El animal, al sentirse herido, emprende precipitada fuga, siguiéndole EL HIJO DEL SOL y sus compañeros con sus voladores caballos.

(1) Un eclipse.

(1) Barro.

(2) Plenilunio.

La heroicidad vista por un cristiano

Al concepto, ya muy aireado, de que no hay heroicidad ni santidad más meritoria que aquella heroicidad y santidad callada y anónima que día a día y hora a hora se va labrando en el fiel cumplimiento del deber, es un concepto tan hermoso por su verdad que nada importa volverlo a repetir.

La ejecución de un acto heroico de honda resonancia, admirado por la colectividad y aureolado por la fama y el recuerdo histórico, es en sí una bella lección permanente. Pero sin disminuir un ápice el mérito de esta clase de acciones, hemos de reconocer que, a veces, es más fácil el hecho heroico aislado que el adoptar constantemente un criterio o una doctrina a las distintas coyunturas de la vida (vida exterior y vida interior). En el hecho heroico aislado intervienen en muchas ocasiones diversos factores que lo predisponen o favorecen; factores de circunstancias y ambientes

que, repercutiendo en el temperamento del personaje, fomentan un estado emocional, una santa cólera o una visión resplandeciente del ideal.

Pero la vida silenciosa y monótona de constantes vencimientos, a veces en lo mucho y a veces en lo poco; en el valor no apreciado para romper con una amistad o con un círculo en defensa estricta de una justicia no valorada por la mediocridad; en cerrar los oídos y los ojos a ofertas y negocios en apariencia legítimos y que en conciencias laxas no supondría el menor escrúpulo; en mantener airoosamente un criterio sin descender a adulaciones, aun en perjuicio de granjearse antipatías en el campo de su vida o de su profesión; en la santa paciencia de soportar en ocasiones a semejantes con espíritu amplio de tolerancia y corrección; en el vencimiento de las propias pasiones, guardando en cada instante la fidelidad debida bien a la esposa, bien al estado célibe escogido.

Todo esto, en esa forma continuada y tenaz, bien merece una aureola eterna muy superior que la que corresponde a la defensa bélica de una plaza o a la muerte valerosa en combate al grito de un estandarte o de un símbolo.

Y existen héroes aún más callados; pecadores arrepentidos que Dios sabe cuánto les cuesta el rompimiento, por ejemplo, de un amor ilícito fuertemente enraizado a su constitución biológica; o la devolución de una riqueza fraudulenta sobre la que han edificado el sostén económico y social de su vida y de su hogar; y hasta conseguir el triunfo ¡cuántas lágrimas silenciosas, cuánto renunciamiento, cuánta pasión contenida! Y esta lucha interior es, repetimos, sola y callada, sin la ayuda de la trompetería guerrera, del grito entusiasta del combate o del brillo cegador de las armas.

JESÚS SANTOS

LIBROS

VIAJE MARAVILLOSO (Andes Venezolanos)

De JEAN ARISTEGUIETA

Bajo el Signo de «Lírica Hispana».—Cáceres.

Un título subyugante este «Viaje Maravilloso», de Jean Aristeguieta, donde todo se vuelve fascinante andar, «cabellos de sauces», cascada sonora que nos va cayendo desde sus hermosas palabras hasta el alma.

El hechizo venezolano se desgrana sobre nuestros oídos hasta conjuntarse con la poesía de que ha sido pulsado. Un libro vehemente, hermoso, y, ante todo, maduro. Seguro de sí mismo. Discurre por un climax de asombrosos parajes poéticos donde respiran todas las gracias con que la Naturaleza dotó a este país.

Audacia majestuosa, por los temas geográficos, desde la contemplación del corazón hasta la vertiente casi petrificado del Cosmos.

Diálogos edénicos entre los ojos y una arquitectura lírica llevada con imágenes de luces paradi-

stacas que doran los «ARAGUANEYES» complacientes. Virgiliana forma de andar los caminos, de encontrar, como Ortega, «el yo en la circunstancia». He aquí un libro escrito con amor, con confidencias desde la hora en que se asoma a Jean Aristeguieta para que nos la muestre de este modo tan particular.

Esta hora, este tiempo, han sido seguidos para los que saben ver y para los que por miopía humana necesitan el sesgo de una voz bien templada, para llegar de vez en cuando a lo que Dios puso para todos en este mundo. Alucinante discurrir entre estrellas sonámbulas, libro irisado de atardeceres venezolanos.

La edición, cuidada, como nos tiene acostumbrados el signo de «Lírica Hispana».

EDUARDA MORO

PAISAJE,
ESTRELLAS,
CANCION REPENTINA DE VIAJE

Gateando en un monte
explende una casita,
rústica y silenciosa,
alegre y pequeña.

El paisaje es arisco
de tierra segoviana,
atrás Zamarramala
y abajo la Fuencisla
tañendo sus campanas.

La Ermita de templarios
en avanzada fiel
la escuda de los cierzos;
y un árbol centinela
de sus plácidas horas
le dice cada otoño
que la muerte le espera.

San Juan escribe y reza
mientras vanas estrellas
como niñas traviesas
asoman sus caritas
en nocturnas piruetas.

I

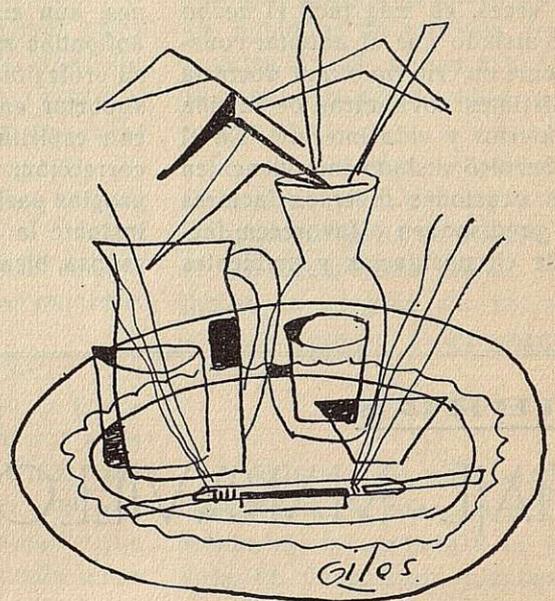
En la muerte de la tarde
con bocanadas de sol
se van perfilando estrellas
que amorosas forman
el blanco milagro
de siete suspiros:
La Osa Mayor.

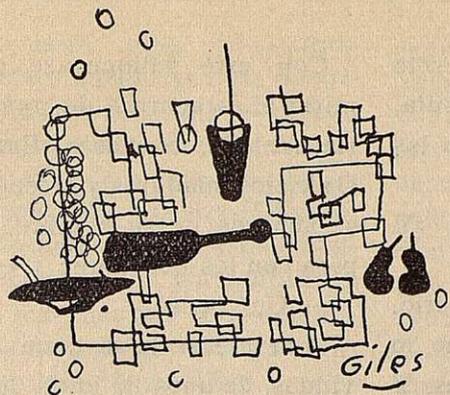
II

Rebaño de besos
robados de un parque
(exacto escenario
de un lienzo de amor)
han sido colgados
en medio del cielo;
y así surge plena
de besos furtivos
La Osa Menor.

Con un adiós largo
como el pitido del tren.
Con una sonrisa quieta
como la noche que nos mira.
Con una caricia leve
como el arco sobre el cielo
de una estrella fugaz.

¡Te digo adiós simplemente!,
pero un adiós cercano
que engarza las palabras
sobre Lorca, Machado
Papini y Verlaine
en bruja noche de Julio
de un Toledo dormido
que me deja soñar.





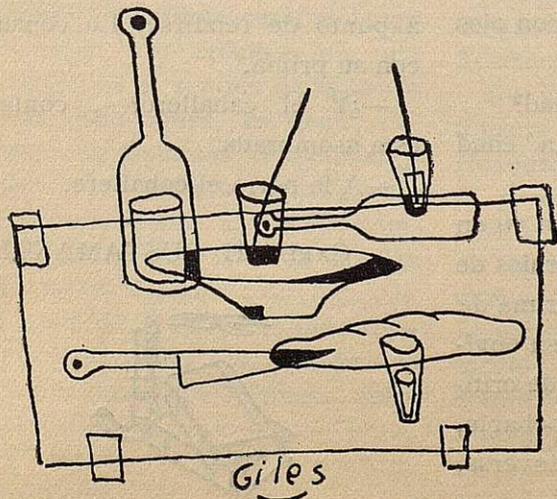
LOS TIBIOS

*A Juan Antonio Villacañas
en la amistad y la poesía.*

Usan la vida
como un traje recién planchado.
Están en la vida
como una piedra en el fondo del río,
como un farol roto
o una silla en la terraza de un café.
Son los de las voces planchadas,
los trajes planchados,
el dolor planchado
y las oraciones planchadas.
Cruzan sin mirar a la gente,
ni sentirla,
ni gozarla,
ni hacerse responsables de la entraña que grita
y llega a las estrellas
formando el crucifijo de sangre y barro
que es
el HOMBRE.

MANUEL PACHECO

(Del libro inédito «Todavía está todo Todavía»)



Mírame. Sí; parezco el viento
porque digo cosas;
y no soy el viento.

Yo busco en la memoria
de mi pasado triste
sus huellas,
pero no soy el viento.

No; no soy el viento.
Sin embargo, te llevo hoy el recuerdo
de mi alma a tu alma;
¿seré yo, acaso, el viento?

JOSÉ MARÍA GALVEZ

LA DERROTA

*Adaptada a los trágicos aleros
la noche está, como alma retorcida
en el lecho escarpado de mi vida.*

*Comprende prostituta de luceros
el excelso evangelio del vencido
y dile si los hombres son felices,
o es su ciencia decir lo que no dicen
o callar lo que nunca me has oído.*

*Tu nocturno, diciembre, reproduces
y apagas los cabellos de mi amada,
y evaporas tu gasa desgarrada
en las calles abiertas por sus luces.*

JULIÁN LANCHAS JIMENEZ

UN CABALLERO

Estatura media —1,65—, delgada, las formas bien marcadas, piernas rellenas, castaña, ojos grandes y expresivos, pelo corto con rizos incipientes, y un no sé qué, que pone saltones los ojos a los hombres. Esta es Lidia. Viste bien, lo que ella cree la última. Moda, se entiende. Nunca va a parte alguna con hora fija, pero anda tan veloz como si llevara siempre una hora de retraso. Una especie de Renfe, sólo que al revés. ¡Ah!, aunque sea indiscreción, diremos que tiene unos 25 años. Ahora bien: no los aparenta, palabra.

El día es festivo, alegre y variopinto. Los niños, los jóvenes, los hombres y hasta los militares sin graduación, han dejado las prendas de abrigo en casa. Las damas comienzan a dejarse ver los brazos. Nuestra amiga Lidia, con ese andar que sólo tienen las mujeres de estos lares, con un brazo asida a su prima y con el otro balanceando con garbo el bolso va, como cada vecino de la ciudad que tira a pueblo, o del pueblo que tira a ciudad, de paseo. Como siempre, sonriendo y hablando sin dejar paso al desaliento.

—¿Quién es tu pretendiente?—, le pregunta su prima. Y como ella no precisa que la tiren demasiado de la lengua, entre risas, grititos, saltos, explica todo. Quizá algo más que todo. Porque Lidia tiene una bonita cabeza y también —raro es, pero cierto— bastante imaginación.

—¡Qué tonta! Juan, es... ¿cómo te diría yo? Ya está: un caballero. Te le voy a describir, vas a ver qué risa. Bueno, antes te diré que lleva más de un mes acompañándome. Le gusto, pero no se atreve. ¡Es tan prudente! Se desvive en dejarme siempre la derecha, en atenderme. ¡Es tan educado! Y luego, un modelo de chico. No tiene más diversión que el ajedrez y la lectura. Nada de novelas de esas que nos gustan a

nosotras, nada de eso. Lee sólo cosas buenas. Con decirte, hijita, que yo que no soy tonta no las entiendo.

—Chica, qué aburrimiento. ¿Y qué es?

—Está colocado en un Ministerio. Jefe de Administración. Tiene lo menos cincuenta a sus órdenes. Y si es sueldo... menudo sueldo tiene.

—Pues, la verdad, Lidia, no es mi tipo, pero créeme que yo no le dejaría escapar. ¡Qué suerte tienes, chica!

—Y que lo digas. Y físicamente, no creas, que no está mal. Alto, bien proporcionado, moreno, grandes entradas, algunas canas... Resulta interesante.

—Te repito, Lidia: no le dejes escapar. A no ser, claro, que tenga grandes vicios.

—Qué va.

En efecto, el jefe de administración carece de vicios mayores y menores. Bebe agua bicarbonatada en las comidas, fuma muy poco, y su castidad resiste toda prueba. Su vida es metódica. Hasta para el trabajo. Llega tarde a la oficina, mueve unos papeles, los distribuye entre sus subordinados y se pone el hombre, muy concienzudo, a leer el ABC.

A la prima de Lidia le asalta, de repente, tal vez porque la están chistando unos jovencitos, esta idea, que expone a su parienta con ojos llenos de malicia:

—¿No será un viejo, verdad?

—¡Qué cosas tienes! La edad *impo* de los hombres: 35.

En las calles la animación va en aumento. Parejas y más parejas de novios endomingados. La prima de Lidia no puede disimular su envidia y se entrega al deporte de criticar. Cuando él es irreprochable, ella es una birra; si a la inversa, él es un golfo.

Con este palique, se paran a mirar el escaparate de una zapatería. Al lado, una tasca. Está llena. De viejos, maduros y jóvenes. Lidia se acuerda de su hombre, le compara con los bebedores y exclama:

—¡Qué pena!

A la puerta de la tasca dos individuos, de unos 30 años, hablan o, más bien, gritan.

—Vaya un pito que me has dao. Pura flor de andamio, macho.

—Oye, tú. Que aquí tienes un chato.

Las primas los observan con gesto mitad simpatía, mitad repugnancia, y ven que son dos muchachos que el atuendo les tiene sin cuidado. Americana de sport, pantalón gris, sin corbata, el uno; traje azul, camisa blanca y flojo el nudo de la corbata el otro. Vuelve Lidia a decir:

—¡Qué pena!

Los muchachos, que quieren matar la tarde, encuentran buen pasatiempo en ellas.

—¡Qué hermosa estás!—, le dice a Lidia el descorbatado. Y así un piropo y 20 más.

Nuestras amigas se van a velocidad supersónica. Los muchachos, a la carga. Ellas no contestan. Piropos, piropos, piropos.

—Pelicorta: para suegra no tenías precio, guapa.

A Lidia le hace gracia. Lidia está a punto de rendirse. Lo consulta con su prima.

—¿Y el caballero?—, contesta ésta asombrada.

—A la porra el caballero.

CARLOS H. BUSTAMANTE



¿Evolucionismo de la especie humana?

Desde hace años, he sentido irresistible simpatía por las doctrinas evolucionistas. Influye en ello hasta un sentimiento católico toda vez que considero más beneficioso y saludable para nuestra Religión, el que adoptemos los cristianos posiciones de elasticidad y amplitud (en aquellas materias que en nada afecta al Dogma), que no esas posturas intransigentes y herméticas tan frecuentemente dañinas a la verdad.

Es cierto que sobre el origen del hombre aún no está dicha la última palabra. La teoría más profusamente difundida por los núcleos católicos, continúa siendo la de la creación directa y espontánea, según lo expresa el capítulo primero del Génesis. Recuerdo a este respecto un ensayo del Dr. García, que adquirí en el cine San Carlos, de Madrid, a la salida de una conferencia; en líneas generales venía a decir que el hombre, por tratarse de la más noble criatura del Universo, fué objeto de una creación directa y especialísima por parte del Hacedor; después, y una vez arrojado del Paraíso, en lucha con el ambiente prehistórico (desde la caza del mamut a la vida en las cavernas) adoptó su cuerpo, paulatinamente, aquella contextura tan sospechosa del «Hombre de Neandertal».

Vemos, pues, que la doctrina tradicional no está desprovista de seria argumentación ni de bello atractivo. No obstante, esto no es óbice (ni puede serlo) para que gran número de investigadores cristianos e incluso sacerdotes científicos sean decididos partidarios de la tesis evolucionista; veamos lo que dice el profesor y sacerdote católico Hugo Obermaier: «Si creemos en una evolución en el sentido de la teoría de las mutaciones, es decir, del sistema de cambios repentinos y decisivos tal como la investigación biológica moderna ha podido comprobar reiteradas veces en plantas o animales» (Hombre fósil, pág. 59). Sin embargo, las últimas investigaciones paleontológicas, ha superado aún el criterio de Obermaier, aproximándose más a la evolución lenta, muy emparentada con la doctrina darwiniana.

En este pequeño estudio vamos a

ceñirnos exclusivamente al hombre prehistórico europeo, y más concretamente a los descubrimientos preneandertalenses. No es Europa demasiado rica en hallazgos antropológicos de auténtico valor evolucionista, pero tengamos en cuenta que tampoco es, ciertamente, la cuna de la humanidad. El P. José María de Riaza, S. J., en su obra «El Comienzo del Mundo», dice así: «Europa Occidental no viene a ser más que una punta avanzada de Eurasia, una especie de callejón sin salida donde quedaban detenidas, sin poder seguir adelante, las oleadas sucesivas de razas humanas que llegaban del interior del gran continente euroasiático». De ahí, que los famosos Pithecanthropus y más concretamente los Sinanthropus Pekinensis y los Australopithecus Africanus favorezcan mucho más a la tesis evolucionista que los clásicos descubrimientos europeos.

Desde luego, si ocurriera un hallazgo casual, parecido al de los célebres mamuts siberianos, resolvería importantes interrogantes. El profesor de Antropología de Wisconsin, W Howells, escribe: «No nos está, sin embargo, prohibida la esperanza de encontrar algún día, en el fondo de un pantano, en una zona siempre helada (como Siberia), la víctima de un accidente sobrevenido durante el período glacial, y de encontrarla en un estado de conservación tan perfecto como el de los famosos mamuts». Ahora bien, hasta que esto suceda, debemos contentarnos con los materiales que actualmente poseemos, que a decir verdad, y después, sobre todo, del descubrimiento del Oreopithecus de Toscana, no son nada desdeñables.

En Europa debemos comenzar nuestro ensayo por el hombre de Neandertal, ya que ni el de Grimaldi ni el de Cro-magnon merecen interés en este aspecto, por tratarse de «Homos sapiens» completamente evolucionados. El tipo Neandertal, ha sido estudiado con bastante perfección. Desde los famosos descubrimientos acaecidos en el valle Neander y que culminaron en 1908 con el hallazgo del célebre esqueleto de La Chapelle-aux-Saint hasta el momento actual, existen más de cien

tipos neandertalenses procedentes de diversos lugares: Gibraltar, Francia, Bélgica, Alemania, Hungría, Italia, etc.

Casi todos los antropólogos coinciden en presentarnos a este antepasado con las mismas características: Cuerpo achaparrado, piernas cortas y arqueadas, siendo su forma de andar parecida a la de los grandes primates; mano corta y ancha; cuello pequeño; cabeza voluminosa; cráneo aplastado; frente huidiza; occipucio saliente; maxilar superior ahocicado; mandíbula inferior robusta con mentón recogido. La construcción pictórica que de él hace Kupka, da a este ser prehistórico un carácter feroz.

A pesar de estos rasgos animaloides, es cierto que predomina el criterio de que el «Hombre de Neandertal» es un auténtico «Homo sapiens», hasta el punto de proponer Mayr que en el campo de la ciencia antropológica se mire al Neandertal y al hombre actual como pertenecientes al mismo grupo. Tanto Mayr como Steward, sólo ven en el tipo Neandertal, comparado con el hombre actual, diferencias raciales. A pesar de ello, y para nosotros, continúa llena de prudencia y de sentido práctico la opinión a este respecto de Hugo Obermaier: «No sería científico negarles la facultad de un lenguaje articulado o de manifestaciones psíquicas; pero no se puede negar tampoco que son seres humanos de constitución primitiva y que presentan indiscutibles rasgos de tipo inferior, es decir, animales.

El más fehaciente documento científico pre-neandertalense, es sin duda la mandíbula de Mauer. Este magnífico fósil que dió lugar al «Hombre Heidelbergense», es posiblemente el hallazgo que más se aproxima a los albores de la humanidad. El descubrimiento tuvo lugar en 1907, en el pueblo de Mauer, a 10 km. de Heidelberg, y se trata de una mandíbula inferior de grandes dimensiones y extraordinario grosor. Las ramas ascendentes son de enorme anchura y carece totalmente de mentón. No obstante, su indiscutible e incuestionable origen humano fuera de toda sospecha, presenta alguna analogía con los monos antropomorfos.

De 1911 a 1915, tuvieron lugar los

descubrimientos en el sur de Inglaterra, de lo que más tarde se llamaría *Eoantropus* (hombre de la aurora), de Pildtwn. Se trata de una bóveda craneana fragmentada con una frente poco huída y falta de reborde supraorbital; muy cerca de este cráneo de características humanas, se encontró una mandíbula inferior, cuya sección delantera es idéntica a la del chimpancé; a dos millas de distancia volvieron a encontrarse trozos craneanos de considerable grosor, y arcos supraorbitales muy pequeños. La capacidad craneana del *Eoantropus* sería de 1.200 cm³. Pero los descubrimientos de Pildtwn, que en un principio se les atribuía una antigüedad del primer período interglaciar, no poseen hoy una legítima autenticidad científica.

El cráneo descubierto en 1933 a orillas del Mur, cerca de Stuttgart, posee caracteres muy pre-históricos, tanto en el tamaño y la forma del seno frontal, como en la constitución del «torus supraorbitalis». Su volumen puede determinarse en 1.100 cm³.

Respecto al cráneo de Swanscombe descubierto a orillas del Támesis, como a los que se descubrieron en Fontéchevade (Francia), se me ocurre pensar, sin base científica alguna, que podrían ser favorables a la tesis defendida por los partidarios de la creación directa, esto es, a los no evolucionistas, toda vez que proceden de auténticos «*homo sapiens*» de una antigüedad de más de doscientos cincuenta mil años, anteriores al «hombre de Neanderthal» y, sin embargo, y esto es lo interesante, mucho más evolucionados que éste.

No obstante lo apuntado, lo cierto es que no puede negarse el evolucionismo entre aquellos seres del paleolítico inferior, *Paleoanthropus*, de acusados rasgos animaloides, y los hombres del paleolítico superior, *Neanthropus*, conectados por una serie, más o menos constante, de lazos antropológicos.

En 1869 se descubre en Toscana los restos dentarios de un primate que los científicos de entonces calificaron como procedentes de un cinomorfo, un ser alejado de los antropomorfos y del hombre; posteriormente fué bautizado con el

nombre de «*Mono de las Montañas*». En un artículo recientemente publicado por Crusafont Pairo, en la revista *INDICE*, he podido enterarme de los trabajos realizados por el investigador Dr. Juan Hürzeler. Hürzeler, observando detenidamente en 1948 los vestigios del cinomorfo, empezó a sorprenderse de los caracteres humanos que presentaba. Una serie de excavaciones en Toscana le permitieron obtener valiosos hallazgos: Un cráneo, un fémur, una porción posterior de pelvis, etc. Los citados hallazgos iban confirmando más y más las sospechas de nuestro investigador, ya que los fósiles logrados acusaban con mayor realce los caracteres humanoides. Al fin ocurre un hecho sorprendente: El Dr. Hürzeler descubre en su totalidad un esqueleto completo del ser que buscaba. Se trata nada menos que del *Oreopithecus*, animal del tipo de los primates, pero con rasgos humanos característicos e indudables, que destaca el articulista haciendo resaltar la implantación vertical de los incisivos superiores e inferiores, la forma redondeada y no huidiza del mentón, la pequeñez de los caninos, la ausencia de cresta segital en el cráneo, la pequeñez de la cara, la carencia de cola, la posición bípeda, la estructura de la cabeza del fémur, etcétera.

A simple vista, y muy a la ligera, se nos ocurre pensar el siguiente proceso:

OREOPITECUS (varios millones de años de antigüedad).—Animal con acusados rasgos humanos.

PITECANTHROPUS (un millón de años de antigüedad).—Último estrato de la animalidad en constante ascensión hacia la hominación.

HOMBRE DEL PALEOLÍTICO INFERIOR (trescientos mil años de antigüedad).—Triunfo definitivo de la hominación con caracteres aún animales.

Del estudio detenido del *Oreopithecus* padrá salir la respuesta definitiva quizá no muy refinada con la teoría darwiniana en cuanto al evolucionismo «corporal» se refiere. Como cristiano, no admitimos las ideas filosóficas de Darwin y menos aún las consecuencias psicológicas de su doctrina; ahora bien, en cuanto a su teoría netamente científica

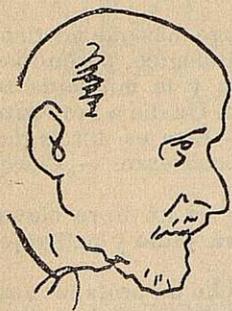
de la hominación, reconocemos con Crusafont Pairo la talla genial del ilustre científico. En una época en que apenas existía la paleontología, intuyó un proceso evolutivo que posiblemente no se distancie mucho de la verdad. El tiempo dirá la última palabra; y ante todo, si hubo o no evolucionismo es asunto, como decíamos al principio, que para nada afecta al Dogma. Haya pues tranquilidad; Dios es omnipotente para crear al hombre en la forma y por el medio que quisiera. Resulta pueril que nosotros, sin otra razón que nuestras simpatías, por una u otra tesis, intentemos fijar la forma y el medio de la creación humana. Y a todos aquellos que, como única razón contra el evolucionismo, nos presentan el versículo 26 del capítulo 1.º del Génesis, nos permitimos aconsejar (sin que por ello descartemos su posibilidad de acierto) la lectura de la encíclica «*Providentissimus Deus*» de León XIII:

«Dios nuestro Señor, al inspirar la Sagrada Biblia, no se propuso darnos un curso de Ciencias naturales, ni enseñarnos la constitución íntima de los objetos visibles, y que cuando se refiere, por tanto, a los fenómenos de la naturaleza y a los seres de la misma, los describe usando, no un lenguaje técnico, sino por el contrario poético, metafórico o sencillamente popular... Por eso, ciertas expresiones de la Biblia sobre seres o fenómenos de la naturaleza no deben interpretarse cual si fuesen expresiones técnicas de sentido rigurosamente científico, sino como frases ora poéticas o metafóricas, fundadas en las apariencias sensibles de las cosas».

Y terminemos al fin con aquellas palabras de Pío XII pronunciadas el 30 de Noviembre de 1941, antes, claro está, de los últimos descubrimientos antropológicos: «Las múltiples investigaciones sobre los distintos problemas concernientes a los orígenes del hombre, no nos han aportado, hasta ahora, nada que fuera positivamente claro y cierto. Debemos pues dejar al futuro la respuesta a la cuestión de si un día la ciencia, iluminada y guiada por la Revelación, podrá dar resultados firmes y definitivos sobre un tema tan importante».

JESÚS SANTOS

“EL INQUILINO DE HATO REY”



En Puerto Rico, el inquilino de una sencilla casita de Hato Rey, era en 1953, el matrimonio Juan Ramón Jiménez-Zenobia Camprubí.

Fué un año claro, diáfano como Moguer, este de 1953, para la mente de Juan Ramón.

Tengo entre mis manos un extraño libro, por su sinceridad y valentía, que habla de Juan Ramón. Mejor dicho, transcribe conversaciones con Juan Ramón.

Naturalmente, el libro habla de poesía. De los problemas, de las tendencias de poesía actual, de los poetas...

Juan Ramón, la *Gran Voz de la Cátedra*, emite juicios que la mayoría de los españoles no conocen, y, lo que es peor, la minoría de los poetas ignoran.

El libro va acotado por su ilustre propietario, en los juicios que son esencia del pensamiento juanramoniano. No emito criterio sobre si ese pensamiento es coincidente, ni diré cuáles son las acotaciones, ya que personalmente haré otras complementarias, sólo espero en forma breve —y de esta manera catalogadas—, dar conocimiento de cuál fué la *expresión* de Juan Ramón en lo concerniente a poesía. Naturalmente, poesía española contemporánea.

* * *

Es importante puntualizar, en principio, lo que para Juan Ramón es un buen poeta.

«Para el poeta lo importante es conseguir el poema o la media docena de poemas que lo salvan. A final de cuentas, con *Ojos claros, serenos...*, basta».

«Eso es la genialidad: el don de crear versos que no se olvidan. Yo cierro el libro de algún buen poeta actual, y no recuerdo ninguno de sus versos. Esta es una época de calidad y la calidad lleva al virtuosismo. Y yo, según voy haciéndome más viejo, siento mayor deseo de quitar al poema, a mis cosas, todo el virtuosismo. Cada muchacho toca ahora el violín como Sarasate. Generación en la que hay cien buenos poetas, pero no un Bécquer...»

Al considerar este primor, en casi la totalidad, Juan Ramón fulmina:

«En la poesía de los más jóvenes encuentro cierta monotonía, es grande el parecido entre unos y otros poetas, entre unos y otros poemas. Al final no entiendo lo que he leído y no recuerdo ninguno de sus versos...»

Estas palabras de la *Gran Voz de la Cátedra*, comprendo que caigan sobre algún acólito social-modernista, los que tienen a Juan Ramón como oráculo, como un jarro de agua fría, y para terminar de helarlos, voy a transcribir las palabras de Juan Ramón sobre algunos de los mal llamados y *despreciables* románticos.

«Tassara tiene fina calidad, el suyo es un romanticismo equilibrado. Igual ocurre con Rivas en el soberbio poema «Al faro de Malta».

«Zorrilla consiguió romances que recuerdan los de Lope de Vega. Así ese donde dice refiriéndose a Toledo:

*ciudad de grana
coronada de cristales.*

«Es curioso seguir la línea del romancero popular a través de Lope, Castillejo, Espronceda, Unamuno...»

Para Juan Ramón, en suma, como para cualquier sensibilidad clara, lo que cualifica a la creación artística no es a veces la perfección, menos aún la perfec-

ción-masa y generacional, sino el *resto*, el poso, lo que queda y lo que se recuerda. Por otra parte, Juan Ramón modernista, en sus aforismos, llega a expresar: «Actual, es decir, clásico; es decir, eterno». El romanticismo marca en su época una natural actualidad, e hizo posible que hoy perdurase, que hoy quede todo lo digno de recordarse.

¿De nuestros tiempo, qué es lo que recuerda Juan Ramón?

¿A quién rememora en un poema actual, en una poesía contemporánea? ¿Qué opinaba el padre de la poesía española del siglo XX de sus polluelos?

«En España, para los jóvenes, es difícil continuar la línea española. Hay quizá carencia de alimentos propios y excesiva abundancia de lo de fuera. Todos hacen una especie de equilibrio, o mejor dicho, de juego de fuerza, como si pretendieran demostrar que son quienes aguantan más tiempo empujando».

«La fuerza, creo yo, no es una demostración, sino una reserva. Carmen Conde y Aleixandre, me producen la impresión de estar siempre pensando en ver quién hace más fuerza».

«Entre los algo mayores, Ceiaja y Vivanco están bien, pero sus poemas parecen hechos con receta, buscando caminos que creen obligados».

«Los poemas de Julio Maruri me gustan mucho».

Preguntado sobre lo que pensaba de la poesía de Lorca, contestó:

«Entre Lorca y Alberti, hay una diferencia. Lorca es un poeta natural; Alberti es más técnico; Lorca no siente tan profundamente como Gil Vicente, pero cierto es que en este hay logros que hacen pensar en el milagro».

Juan Ramón, con quienes tuvo verdadera relación española, fué con las publicaciones poéticas, o de marcado carácter intelectual o cultural. Le preocupaba enormemente el estar vinculado a ellos. No aguantaba que las generaciones jóvenes le olvidasen y, lo que es peor, le desconociesen. Continuamente tenía para ellos palabras de halago. Para «Caracola», de Málaga; para «Poesía Española»; para «Insula»; para «Índice».

Empero, Juan Ramón se disgustó cuando vió anunciado en «Índice», de Madrid, la publicación de una crónica de Jorge Guillén, documentando la ruptura de relaciones, entre ellos, en 1933.

«El director de «Índice» lo que quiere es escándalo. Su jugada está clara. Yo imagino lo que Guillén va a publicar y, por eso, anticipándome, escribí una carta al director de la revista para que la inserte en el mismo número en que aparezcan las de Guillén».

Sobre este lamentable caso, remito a los lectores, a los números de «Índice», en que se publicó la polémica.

Tampoco con Ramón Gómez de la Serna le unía buena amistad, y respecto a «Insula», dejó de enviarles colaboración cuando vió que un poema suyo, por error de imprenta y composición, apareció sin una estrofa.

Juan Ramón era enormemente contradictorio. Hemos visto cómo rebaja a Lorca, al decir que éste no sentía tan profundamente como Gil Vicente. Más tarde, declara: «Algunas obras de Gil Vicente parecen abortos sespirianos».

A Guillén, sin embargo, no le regatea el aparente elogio: «Es un poeta de talento. Sus poemas tienen mucho talento».

Pues bien, para Juan Ramón, *talento*, a veces, significa esto: «B. Shaw tiene truco. Como Pirandello mismo y como entre

“POETA CUYOS VERSOS SE RECUERDAN”

La prematura muerte de Agustín de Foxá, hizo que ilustres comentaristas definiesen, en las páginas de la Prensa, la personalidad del buen amigo fallecido. Marañón, por tan triste circunstancia, emite su pensamiento. Nuestra sorpresa no es grande, sino la satisfacción natural, si comprobamos que en su criterio para calificar a un poeta, de buen poeta, es necesario «que los versos se recuerden instintivamente, aunque ya nadie sepa quién los ha escrito».

Definición que interpolamos por coincidente entre las mismas de este trabajo, y que fueron: J. Ramón al emitirla, X. X. al acordarla, y de completo acuerdo, F. al seleccionarla.

nosotros, Salinas. Escriben comedias ingeniosas, con talento, pero les falta naturalidad, emoción».

«El trío Shaw, Wells y Chesterton, poco tiene ya de interés. Wells es el peor y el más pesado. Era un periodista barato y hoy le creo del todo caído».

Antes de terminar este breviario del pensamiento juanramoniano en relación con el mundo de social amistad para con sus compañeros, creo de interés insertar algunas opiniones del poeta de Moguer sobre Unamuno y su poesía.

«En el verso libre de Unamuno, quien influye es Carducci y no Whitman como se ha dicho. Todas esas divagaciones sobre el versículo son tonterías. También influyó Leopardi sobre Unamuno: dos poemas de aquél parecen de Unamuno: *Fiesta en la Aldea* y *El infinito*».

«He señalado a los poetas del litoral como precursores de la poesía moderna. Esos eran los poetas que gustaban a Unamuno: los dialectales catalanes y portugueses. Casi toda la generación del 98 viene del litoral y son hombres enamorados de las regiones: Azorín, de Valencia; Machado, de Triana y Portugal; yo mismo, de Moguer... Son problemas importantes, descuidados. He pasado la vida pensando en ello. La exaltación de la meseta y de los castellanos es obra de la periferia». (Visto de idéntica manera este problema, siento los principios del ensayo escrito, en contraposición al 98 de Laín Entralgo, en el que afirmó que la versión y visión de Castilla por estos hombres es irreal).

«Giner es de Ronda; Clarín, de Oviedo (nacido en Zamora); Costa, aragonés; Pi y Margall, catalán; Galdós, canario; Madrid da un Benavente que nada tiene que ver

con Castilla». (Cuando Benavente escribe de Castilla, se va de Madrid, que no lo es). El castellano auténtico es Unamuno.

* * *

«Unamuno no es un místico. Es teólogo más que místico. *El Cristo de Velázquez*, es un libro mitológico, porque los mitos están llenos de dioses; la teología y la mitología se parecen. Yo hablé mucho con Unamuno. Un día a propósito de *El Cristo de Velázquez*, yo le dije: —Esto es mitología, don Miguel. Y él me contestó inmediatamente: —¡Claro, hombre! ¡Naturalmente!».

«El *Cristo* mitológico de Unamuno es un libro clave. Hay en él mucho de Fray Luis, que era judío y pelirrojo, y también mitológico».

«Fray Luis y Unamuno tenían mucho de profano. *Los Nombres de Cristo* y *El Cristo de Velázquez*, pueden compararse porque vienen del mismo origen. Ahora incluso se quiere demostrar que los vascos son judíos... En Unamuno siempre vi algo hebreo, y de ahí su tendencia herética».

«Era hombre de sensualidad dura. Recuerdo algo que me ocurrió yendo con él, hace muchos años. Caminábamos por la calle de Alcalá, en Madrid, y pasó a nuestro lado una gitana desgredada, sucia, guapa: —Si alguna vez yo fuera infiel a mi mujer —me dijo—, sería con una gitana como esa».

Curiosas radiografías síquicas, ¿verdad?... incluso la del comentarista.—F.

FRANCISCO ZARCO MORENO

EL DIALECTO DE LA CULTURA

(OPINIONES DE UN HOMBRE DE LA CALLE)

No es raro que a muchos de los que nos gusta leer en periódicos y revistas todo aquello que por su título promete interés de cualquier clase, nos veamos obligados a abandonar por agotamiento apenas iniciado el primer round con la letra impresa. Y digo por agotamiento, porque dado que lo que nos quieren decir o al menos lo que nosotros intuimos que se va a tratar, deseamos verdaderamente gustar las mieles de aquel plato literario y hacemos un esfuerzo por seguir adelante. Pero en seguida nos convencemos de que están verdes. Se presiente la existencia de alguna o varias ideas debajo de aquellas letras, pero una montaña de hojarasca retórica impide llegar a tan preciados frutos. A fuerza de tenaces, uno se empeña en desentrañar aquello y, generalmente, lo logra, pero a costa de releerlo cuatro o cinco veces; y a la postre no se queda uno muy satisfecho del todo pensando en su interior: «Debe querer decir esto»; aunque añadamos subconscientemente que lo mejor hubiera sido habérselo dicho.

Nadie niega que el manejo de un idioma es una cosa muy bella, como es muy bonito el contemplar las brillantes cualidades de un actor, pero ni el idioma ni la interpretación tienen valor sin contenido ideológico. La idea es lo esencial y lo que atrae al lector, lo que le trasmite la emoción literaria del que escribe. Y, además, que cuando un pensamiento es bello, ingenioso, profundo o humano, puede decirse que hasta le estorba el excesivo ropaje literario. Así lo entendieron muchos genios de la literatura que incluso hicieron alarde de ello, como el mismo Bécquer, que sólo vistió a sus rimas con los hábitos necesarios «para que pudieran ir por el mundo sin avergonzarse».

Yo me imagino que debe serle verdaderamente difícil, a un escritor de oficio, dar a la luz ideas o pensamientos nuevos cada vez que se pone a escribir; aunque no sé por qué han de buscarse ideas nuevas que decir. Lo más natural es que, siendo el hombre el mismo desde el tiempo de los Faraones, diga poco más o menos las mismas cosas; aunque siempre cabrá una causa circunstancial que las haga interesantes de conocer. (Y esta idea no es mía sino de Goethe, que dijo aproximadamente que «todo cuanto ha de decirse ya se ha dicho en alguna ocasión, pero siempre cabe el expresarlo con el sello de lo personal y el matiz de lo circunstancial»). Por tanto, no parece haber gran justificación en oscurecer las ideas con un exagerado derroche de palabras, si además se tiene en cuenta que va ello en perjuicio del propio escritor, que reduce de este modo el campo de sus lectores.

Claro que a veces tiene una justificación este oscuratismo. Y es el cubrir la pobreza de las ideas. El escritor poco brillante de imaginación siempre pensará que entre aquella confusión alguien saldrá diciendo que es un genio, adivinando aseveraciones que es fácil no soñara siquiera el propio autor. Y no sin razón lo pensará, si echa un vistazo a su ambiente actual donde para cada manifestación de arte a cual más extravagante surge una numerosa caterva de adoradores que elevan júbilos cantos de loa al nuevo genio. A mi abuelo, infatigable lector, siempre le oí decir que el que escribe cosas confusas es porque también tiene las ideas confusas en su cabeza. Y a mí no me cabe la menor duda.

Hay, sin embargo, un sector de gran talla que a veces tampoco es claro en sus escritos. Es el sector erudito. Pero éste está mucho más justificado. Cuando

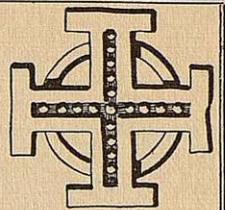
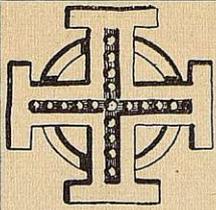
un cerebro ha llegado a fuerza de leer y estudiar al conocimiento de una vasta serie de noticias de todo género, y ha mejorado diariamente el peculiar lenguaje del especialista, le es verdaderamente difícil expresarse sin que broten todos sus pensamientos envueltos en el difícil lenguaje que él ha manejado como el ABC. Pero este lenguaje no es apto, generalmente, para el público a quienes se supone dirige sus escritos. Esta dificultad es la misma que encuentra el profesor matemático que después de varios años de esfuerzo y de manejar hiperespacios geométricos y funciones complejas, ha de descender a explicar cómo se reducen fracciones a común denominador.

Dificultad es, desde luego, pero salvable. Basta ponerse en cunclillas —como dijo un conocido pedagogo— para estar a la altura del niño, o del lector en el otro caso.

Desazona pensar que algunos escritores escriban sometiéndose a la tortura de un detenido análisis de sus artículos si quieren seguir el hilo de sus enmascaradas ideas.

Siempre que se lee un artículo del Dr. Marañón, Pérez de Ayala, Kindelán, Camba, etc., se siente uno reconfortado y hasta halagado pensando que estas grandes figuras escriben para tí y te cuentan sus pensamientos para que goces con ellos y conozcas su visión de las cosas, hablándote en su lenguaje sencillo y llano, pero hermoso de ideas y consideraciones. Y no te excluyen de su mundo como algunos otros que parecen pensar que lo sencillo es sinónimo de lo plebeyo, malogrando de este modo al no lograr ninguna sintonía espiritual con nosotros, que alabemos su persona tanto como alabamos su sabiduría.

GONZALO PAYO SUBIZA



EL DOLOR DEL TRANSPARENTE

En mis andanzas, siempre de observación y estudio sobre las cosas del Arte, van quedando en el fondo del cerebro infinidad de recuerdos: porque nosotros, los que pensamos, vivimos y soñamos con el Arte, tenemos en el cerebro varios sitios destinados a guardar las impresiones que nos causan las cosas que, de momento, no hemos podido trasladar al papel o al lienzo. Hay cosas que nos entran tan aprisa por los ojos, que nos llegan al fondo del corazón, y una vez en el fondo, nos van dañando, como los gusanos dañan el interior de una fruta cualquiera.

El caso de hoy es el Transparente de nuestra Catedral. Fué construído por Narciso Tomé, por mandato del Cardenal Astorga y Céspedes, allá por los años 1720 al 1732, y que es una de las joyas de España, tanto por su traza como por su amontonamiento de figuras que se apretujan unas a otras hasta romper los grandes *moldurones* que intentan cruzar de un lado para el otro. Más arriba, la Gloria, motivo de todo este conjunto de Arte. Una especie de bóveda abierta al cielo por donde entra la luz del sol y de la luna. De aquí, el nombre de Transparente. Lo recortan unos *lustrosos* querubines y unos *acusados* profetas con cartelas de inscripciones y motivos orquestales. El resto de la pared está decorado con pinturas al fresco. Pues bien, estas paredes, quizás un poco abandonadas, han comenzado a descascarillarse, y los frescos, que ya están rasgados, mostrando, como una sábana rota llena de remiendos, su fondo blanco de yeso. Todo esto está gritando su pronta restauración. Pues ellos piensan en la muerte de sus compañeros del claustro que han desaparecido o están en trance de desaparición... Lástima obras de arte que con tanto amor y entusiasmo construyeron nuestros antepasados, para que nosotros las dejemos perder. Quizá sea el destino o quién sabe a qué obedece este gran sucumbir del Arte; de este Arte que surgió con una fuerza arrolladora de huracán enfurecido, retorciéndose y apretujándose con largos sarmientos a las fuertes columnas para así mostrarnos los más bellos racimos de uvas, hojas de parra, de acanto y de adormidera; y esas bellas figuras que también retuercen sus cuerpos desnudos al igual que sus ropajes de mármol y alabastro, para así llegar a la cúspide del movimiento más bárbaro, que la Historia del Arte llamó estilo barroco.

Pues en este amontonamiento de caras, en este desquiciamiento barroco, y en las altas horas de la noche, cuando las grandes naves de la Catedral están desiertas, yo he visto cómo se reúnen todos los Apóstoles de alabastro, todos los Profetas de bronce, los Santos, las Santas y todo un cielo de ángeles del más puro Carrara. Y los he oído cantar... Acaso fuera el Himno gigante de las siete mil voces. Barroco también como ellos, y que todavía no se ha escrito en ningún pentagrama.

Este torrente de voces es divino y sólo ellos lo saben cantar. Pero todo esto ha pasado. Todo esto está triste en estos días. Todo ese enjambre divino que cruzaba el espacio con el hilo sonoro de sus voces, ha quedado roto. Roto por el descascarillamiento de su bóveda. Ya no se agrupan como antes a la media noche, ni cantan el Himno divino de las siete mil voces. Ahora están mudos todos estos personajes del Transparente. Tienen miedo de que se les vaya desprendiendo los pedazos de carne de sus cuerpos ya rotos. Ya hasta los rayos de oro que cruzan por entre sus cuerpos y que antes brillaban como los rayos del sol, ya no brillan; se han cubierto de polvo, para así ocultar sus resplandores a las miradas de todos los miles de almas que desfilan por abajo.

Y se dice que el eco de Himno gigante que no se canta, flota por los perdidos rincones de todas las bóvedas de la Catedral, entre el vaporoso humo del incienso. Y el vago rumor aún se percibe todavía, apoyando el oído al frío mármol de la mesa del altar; sobre todo, los domingos, de once a una de la mañana.

CECILIO GUERRERO MALAGÓN

